

EN TEORÍA

# ¿Fórmulas o formas?

por Pep Duran\*

*A partir de su propia y amplia trayectoria como animador, el autor niega que exista una fórmula para aplicar a la animación a la lectura. Sin embargo, sí constata la multiplicidad de formas y su validez siempre y cuando éstas funcionen.*



BIBLIOTECA DE LA SANTA CREU.

**A**nimación; una palabra clave en nuestro entorno social, un concepto tan necesario para el consumo de bienes culturales y el consumo del ocio en el momento en que vivimos que hasta genera y desarrolla una profesión.

Animación es el enunciado que debe preceder a la actividad que deseamos se multiplique y llegue a todos los confines, es la palabra que in-

cluye el concepto para encontrar la fórmula apreciada, deseada y buscada en el ámbito del libro infantil y juvenil.

No se ha llegado a ella de manera espontánea y gratuita, sino que surge auspiciada por una fuerte e imperiosa necesidad coincidente en el mercado de consumo de libros.

Pocos años hace que los llamados «especialistas» (?), no; «técnicos» (?),

no, no; ¿qué éramos?... ¡ah, sí! *expertos* en literatura infantil y juvenil. A éstos nos reclutaron en un Parador Nacional, promovida la reunión de tres días por el Ministerio de Cultura y como en una «convivencia» a la antigua usanza o como en una «convención» en versión actual, nos bombardeamos de ponencias y comunicaciones entre autores, ilustradores, editores, libreros, bibliotecarios, maes-

tros, representantes de la Administración y alguna dedicación profesional más que pululaba por el sector, para destilar de nuestras discusiones unas directrices que orientaran a la Administración y a los productores del sector del libro en su actividad de apoyo y desarrollo del libro infantil y juvenil.

Sirvieron aquellas conclusiones, y se repitió la experiencia, y volvieron a ser útiles para el sector. En aquel auditorio selecto, profesional, de marcadas tendencias extremas y opuestas entre los participantes, expuse, con mi sombrero bombín y en un comienzo con lectura temblorosa, una reflexión sobre el trabajo realizado desde nuestra librería en cuanto a la promoción de libros infantiles y juveniles y las experiencias de lecturas de cuentos eróticos ante escolares adolescentes; sus reacciones en el grupo y los temas que se despertaban para desarrollar con sus maestros, y la búsqueda de textos en los libros entre los no lectores y el placer manifiesto que conlleva el encuentro con imágenes, conceptos, informaciones, ideas, pensamientos, vivencias, que uno mismo, el lector, comparte con quien lo plasmó en un libro. Afirmaba en aquel entonces la necesidad de despertar *placer* con la lectura. Placer intelectual, placer físico, con movimiento hormonal, convulsivo.

La ponencia fue aceptada y valorada globalmente, pero el responsable de la Administración me pidió permiso para extraer (diseccionar pensé yo) de esta globalidad el aspecto del placer erótico (?) y la narración de la experiencia con los escolares, para que pudiera ser publicada sin problemas entre las demás ponencias del simposio. Acepté resignado, no lo consideré esencial mientras persistiese el concepto y enunciado del *placer en la lectura*.

Pasado el tiempo y los filtros y los imitadores, chupones y vampiros, esta palabra mágica de que los pequeños lectores han de encontrar placer en la lectura, se ha convertido en paradigma que se debe imitar en los enunciados de colecciones, cursos de animación a la lectura, charlas para padres y maestros, deseos editoriales, y demás acciones que pretendan *vender* una imagen progresiva y no didáctica de los libros que los niños y jóvenes están obligados a consumir.

Es por ello que en la actualidad mi cara enrojece cuando mis ojos y mis oídos tropiezan con la promesa del placer de leer. Y quede claro, no es que huya del placer, me encanta, ni de la lectura, me interesa, trabajo con ella y vivo de ella. Y cuando se dan las dos juntas (placer por medio de lectura) me siento bien.

Pero prometer en vano, engañar con el vacío o con la tontería, obligar a que el lector sienta placer con muchas de las lecturas que están condenados a tragar me parece poco ético y me siento algo responsable del enunciado. Así, actualmente, en mi trabajo habitual, no hablo de placer, sino que procuro despertarlo con los libros que presento. Hablo de emociones, describo sensaciones, despierto curiosidades, sitúo al misterio, excito el interés, procuro divertir, inducir a soñar, a fantasear, a poner en juego algunos de los potenciales internos que tienen algo que ver con nuestro mundo emocional. Animar a la lectura es conseguir todo esto.

De todas formas, como decía en un principio, este enunciado que surge con tanta frecuencia en la actualidad es el punto donde convergen los intereses de varios sectores económico-sociales.

De ahí que, si se encuentra la fórmula (que nadie quiere, porque todo



LIBRERÍA ROBAFAVES.

el sector sabe —dicen— que no existen fórmulas), repito, *si se encuentra la fórmula* se asegura que los productos que se fabrican en la industria del libro serán consumidos. Así de sencillo y así de rentable.

Es evidente que hay muchos más sectores sociales que inciden y se benefician del resultado de esta fórmula (que no existe ni puede existir —dicen— porque no hay fórmulas mágicas). Pero esto sería otro análisis que no haré en este momento y dejo para mejor ocasión. Recuperando el enunciado que nos preocupa he de centrarme en la animación a la lectura y su fórmula (que no existe), por lo que me centraré en su *forma*: «fórmula—ul = forma».

### Formas de animación a la lectura

Hay muchas formas y todas ellas



BIBLIOTECA SANTA CREU.

válidas si funcionan. Hay libros editados sobre el tema, revistas, artículos, cursos, conferencias... (sería útil poner títulos y referencias, pero lo dejo para la revista CLIJ, encontraréis buena parte de ellos entre sus páginas).<sup>(1)</sup> Yo tan sólo puedo exponer formas que aplico y que experimento a partir de mis instrumentos, posibilidades y cualidades.

Porque la fórmula (que no existe) está ahí, está en conocer los instrumentos de que dispongo; en mi caso una *librería* con amplio stock de libros, con vocación y dedicación al panorama de la literatura infantil y juvenil, baúles, maletas y cajas llenas de cuentos y de libros, seleccionados o agrupados por niveles de lectura, por temas, por edades, por cursos... y un canal aceptado por las escuelas y los maestros para que pueda prestar estos libros a consulta a los grupos-aula que lo soliciten.

También en mi caso un *personaje* construido a partir de la profesión de librero y de recursos teatrales; *el trajinante de cuentos* que actúa en colectivos infantiles y de adultos para hacer de su biografía un viaje que se nutre del contenido de los libros que presenta. Sigue un boletín de novedades de libros infantiles y juveniles comentados y agrupados por edades que editamos desde una cooperativa de libreros (*Recull de llibres*, semestral). Continúa una *tertulia* de libros infantiles y juveniles que mensualmente celebramos en la librería, y también la

participación en un programa cultural cada semana en la televisión local, en un programa de radio y en artículos en la prensa. Todo ello afianzándose en un equipo de personas con las que trabajo, que aceptan y apoyan las iniciativas con su colaboración y participación. Y muchos instrumentos que se encuentran a medida que avanzas en esta dedicación y por el camino compartes con otra gente entusiasta: editores, autores, ilustradores, bibliotecarios, lectores, maestros..., que con sus experiencias y necesidad de contrastarlas sugieren nuevos instrumentos.

Para aplicar los propios y adaptar los nuevos necesito partir de mis posibilidades tales como: el tiempo de dedicación, la profesión que ejerzo, el marco adecuado y la relación con las instituciones culturales y sociales del entorno geográfico. Y aplicar mis cualidades personales de seducción, poner en juego la inteligencia, afinar la observación, desplegar la sociabilidad, concentrar la ternura..., arropándome con técnicas adquiridas de interpretación.

A modo de resumen y repetición para centrar este embrollo puedo asegurar que la forma final que se debe aplicar está en uno mismo. Me refiero a que no se puede animar a la lectura sin estar animado uno mismo. De esto los educadores saben mucho y conocen bastantes tratados que lo desarrollan, aunque éste sería otro tema para nuevos artículos.

Lo cierto es que el mercado necesita teorías y reflexiones para encontrar métodos y formas que animen a la lectura. Estemos de acuerdo o en contra, maticemos y afinemos enunciados y conceptos, el mercado continúa necesitando formas para la animación a la lectura. Además, esta serpiente (con perdón por las serpientes, que son muy dignas) que se forma con las necesidades del mercado de consumo como si de anillos enlazados se tratase, ha decidido cuál es el principal canal o el instrumento más rentable para inducir al consumo de libros. La institución escolar y en particular los maestros. Por lo que son los maestros quienes necesitan estas formas para corresponder a la «confianza» que se ha «depositado» en ellos. Acostumbrados a utilizar elementos didácticos suelen aplicar «forma + ul = fórmula» y buscar en el mercado editorial los soportes que los fabricantes de libros diseñan en sus campañas de lectura, planes lectores y demás monsergas promocionales.

Todos sabemos que los libros son un bien cultural y la lectura una capacidad adquirida mediante el aprendizaje en la escuela, las demás adquisiciones que puede auspiciar esta institución en torno al disfrute de los libros y de sus contenidos, sea el hábito lector, o el coleccionismo de libros, o la utilización de las bibliotecas, o la entrada con seguridad en las librerías, o el conocimiento y contacto con los autores, depende de la profesionalidad de los maestros, de su inserción social, del entorno donde ejercen, y en particular de cada uno si es que conoce los instrumentos de que dispone, si parte de sus posibilidades y si aplica sus cualidades. Todo ello es necesario para encontrar formas de animación a la lectura. ■

\* Pep Duran es librero-animador.

#### Notas

1. Véase el artículo de Christian Poslaniec «Animar la lectura», en CLIJ, n° 15 (mzo. 1990), pp. 54-59.